

verdad de tu doctrina : con propagadores de ella y apóstoles como tú, no se vieran hoy menospreciados los altares, desatendido el culto, necesitado el sacerdocio, ni triunfante la orgullosa mirada de los enemigos de nuestra Religion. Tu fe y tu esperanza te conducirían á resistir toda clase de ataques dados á la doctrina de tu divino maestro; y cuando procónsules como Egeas amenazasen tu existencia por cualquiera medio, sus ataques encontrarían la resistencia heróica que demostraste en tu martirio.

Pero nosotros no resistimos del mismo modo á los que nos prohíben jactarnos en Jesucristo; y en verdad que este es un defecto que merece enmendarse, tratando de adquirir algo de las superiores virtudes de fe y esperanza, con que fué adornada el alma del apóstol san Andres. Ya goza él en el cielo el premio de la conversion que amonestaba á los que le perseguían, y sus consejos á nosotros vienen tambien.

Aceptémoslos, católicos oyentes, consideremos las ventajas que reportaremos de tener un protector en los cielos, siguiendo los ejemplos de san Andres, y abandonemos de una vez la vida incrédula, ó indiferente en la fe, dirigiendo nuestra expectativa á objetos diferentes de las expectativas de este mundo. No pensemos con esperanza en el éxito de nuestras intrigas amorosas ó interesadas, como hacemos comunmente : dirijamos nuestras miras mas allá de este mundo; y cuando una cruz se presente que nos ha de martirizar, ó para que mejor lo entendáis, cuando nos sucedan desgracias, bendigámoslas con la fe y esperanza de que nos labrarán el camino de la vida eterna que os deseo á todos. Amen.

SERMON

PARA LA FESTIVIDAD DE SAN ANDRES.

(DE BOURDALOUE.)

Ambulans Jesus juxta mare Galilee, vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus, et ait illis: venite post me.

Caminando Jesus cerca del mar de Galilea, vió dos hermanos, el uno era Simon llamado Pedro, y el otro Andres, y les dijo: seguidme.

S. Mateo, al c. 4. v. 18.

Estas palabras de Jesucristo fueron una orden muy suave en la apariencia, y muy fácil de cumplir, pero en sí misma, y segun la intencion del Salvador de los hombres, esta orden habia de ser para los dos hermanos de nuestro Evangelio un empeño que habia de sujetarlos á las pruebas mas rigurosas: porque decirles: *seguidme*, era lo mismo que decirles, renunciáos á vosotros mismos, preparáos á padecer, estád determinados á morir, no os miréis sino como ovejas destinadas á la muerte, como víctimas del odio y de la persecucion pública, y como hombres sacrificados á la cruz; en estas cortas palabras: *venite post me*, les daba á entender todo esto; pues es cierto que la cruz era el camino por donde este hombre Dios intentaba ir, y segun sus máximas es imposible seguirle por otro distinto camino. Con efecto, cristianos, por este siguieron á su divino maestro estos dos bienaventurados apóstoles Pedro y Andres. Los dos merecieron morir en la cruz como Jesucristo, los dos tuvieron la ventaja de consumir en la cruz su glorioso martirio, y los dos correspondieron de este modo fielmente á su vocacion, y llegaron á ser los primeros secuaces y discípulos de un Dios crucificado. En esto (dice san Juan Crisóstomo) tuvieron como hermanos una semejanza perfecta: pero en cuanto á lo

demás, alguna diferencia hubo entre los dos, aún en la acción misma de ser crucificados. Es digna de que la reflexionéis, y va á servir de principio á este discurso. Esta es, que el ánimo y resolución de san Pedro en seguir á Jesucristo, no impidió que tuviese alguna repugnancia, y manifestase en su conducta algún desvío de la cruz; pero san Andres se manifestó siempre lleno de celo, y penetrado no solo de estimación y veneración, sino de amor y ternura por la cruz. Me explicaré. Cuando Jesucristo en el Evangelio habla de la cruz á san Pedro, se escandaliza este, y se ofende de ello: y no me admiro, pues aún no comprendía el misterio, y estaba poco versado en las cosas de Dios; pero aun después que recibió el Espíritu santo, estando ya confirmado en gracia, no deja (si creemos á la tradición) de huir la cruz que le estaba preparada; pues se liberta de la prisión, sale de Roma, y es necesario que se le aparezca Jesucristo, que le fortalezca, le reanime, y le obligue á volver al lugar donde habia de ser crucificado. San Ambrosio refiere este pasaje, y esta tradición es muy conforme á lo que predijo el mismo Salvador, cuando declaró expresamente al príncipe de los apóstoles, que en llegando á una edad avanzada, se le obligaría á que extendiese los brazos, y que otro le llevaria donde no querría ir: señalándole (añade el Evangelista) las circunstancias de su martirio, y con qué género de muerte habia de glorificar á Dios: *Cum autem senueris, extends manus tuas, et alius... ducet te, quo tu non vis.* (1) Este fué el carácter de san Pedro: fué un hombre crucificado, pero aún para él parece tenia la cruz alguna cosa de asombroso. ¿Y qué advierto en san Andres? Un hombre á quien la cruz era amable, que hace de ella su felicidad y sus delicias, que suspira por ella, que la saluda con respeto, que la abraza con alegría, y que pone el complemento de sus deseos en verse clavado en ella y morir allí. Este es, cristiano auditorio, el prodigio que hoy se ofrece á nuestra vista, al que puedo llamar el milagro del Evangelio. ¿Pero sobre qué puede fundarse este amor de la cruz, y por qué principios pudo establecerse en el corazón de nuestro apóstol un amor tan maravilloso, y tan contrario á todos los sentimientos de la naturaleza, como es este? Ah! amados oyentes míos, este es el gran misterio que tengo que manifestaros; siendo mi designio

(1) Joan. c. 21. v. 18.

haceros ver, que á consecuencia de la vocación divina á la que fué tan fiel vuestro glorioso patrono san Andres, fué perfectamente racional el amor que manifestó á la cruz, aunque según otros respectos fuese sobrenatural este amor, pues por más prodigioso que os parezca, intento justificarle, y quiero con la gracia de mi Dios procurar inspirarosle también en cuanto me sea posible: para esto necesito de todas las luces del cielo, las que pido por la intercesión de María, diciéndola: *Ave María.*

Lo mismo sucede á la cruz que á la muerte, pues aunque se tenga horror naturalmente á una y otra, se pueden amar por distintos motivos; y por la diversidad de estos, es necesario juzgar si este amor es laudable ó vicioso, racional ó ciego, y meritorio ó vano. Con efecto procurar la muerte por desesperación, es un delito; desearla por estar oprimido de melancolía y penas, es conocida flaqueza; exponerse á ella por celo de su obligación, es una virtud; y sacrificarse por Dios de este modo, es un acto heroico de religión. Así como padecer como los esclavos del mundo, porque se dejan dominar de sus pasiones, padecer como los avaros con una ansiosa é insaciable codicia, y padecer como los ambiciosos por un apego servil á su fortuna es una bajeza, una miseria y un desorden. Pero padecer por ser fiel á Dios; amar la cruz por conformarse á los designios de Dios, y seguir su vocación, es lo más santo y más divino que hay en la Religión cristiana, y por consecuencia lo más conforme á la soberana razón. Así, amados oyentes míos, la amó san Andres. Amó la cruz, porque iluminado con las vivas luces de la fe, comprendió perfectamente cuán ventajosa le era respecto á su vocación, y á los altos fines para que le llamó Jesucristo. Atended á esto, que es el secreto importante de su conducta y de vuestra religión. Dos grandes designios tuvo acerca de los apóstoles el Salvador del mundo, cuando les mandó le siguiesen: *Venite post me.* En aquel mismo instante, dice san Juan crisóstomo, los escogió para predicadores de su Evangelio y ministros de su sacerdocio; los destinó al ministerio de su palabra, y los obligó al servicio de sus altares; los estableció en la tierra para santificar los hombres con las verdades de salvación, que debían anunciarles, y para honrar á su padre Dios con el sacrificio, que como sacerdotes de la ley de gracia habian de ofrecerle.

Estos fueron los dos fines principales que tuvo el Hijo de Dios, y segun estas dos cualidades voy á considerar hoy á san Andres. En primer lugar, como predicador del Evangelio y de la ley de Jesucristo; y en segundo, como sacerdote y sucesor legítimo é inmediato del sacerdocio de Jesucristo: y me inclino mas á este pensamiento, porque de la cualidad de sacerdote de Jesucristo se glorió mas este santo apóstol, y de esta se dió á sí mismo testimonio cuando fué presentado al juez que le condenó. Estas dos cualidades juntas justifican admirablemente el amor y celo que tuvo san Andres á la cruz; porque si la amó tiernamente, fué porque halló en ella lo que debia ser delante de Dios todo su mérito y su gloria; es á saber, el cumplimiento y perfeccion de su apostolado, y consumacion de su sacerdocio. Me explicaré. A vista de la cruz, se miró el apóstol Andres penetrado, absorto y trasportado de alegría; y por qué? Porque sobre la cruz iba á predicar dignamente el nombre de Jesucristo: *esta será la primera parte*, y tambien porque en la cruz iba á sacrificarse santamente él mismo, y unir su sacrificio al sacrificio augusto y venerable, que tantas veces habia ofrecido á Dios, sacrificando el Cordero sin mancha, que es Jesucristo; *esta será la segunda parte*. En dos palabras: la cruz fué la cátedra donde san Andres manifestó todo el celo de un predicador fervoroso, y fué el altar donde como sacerdote y pontífice de la nueva ley desempeñó con toda la perfeccion posible el oficio de sacrificante. No debe pues admirarnos que la cruz, aunque en sí misma tan asombrosa, fuese para él tan deliciosa y amable. Este es todo el designio y division de este discurso, para el que os pido una grata atencion.

PARTE PRIMERA.

Para establecer sólidamente la verdad de mi primera proposicion, y daros luego la justa idea que de ella debéis tener, llamo, segun los principios de la Escritura, entera ejecucion y perfeccion del apostolado predicar un Dios crucificado; y no obstante las contradicciones de la prudencia del siglo, proponer la cruz á los hombres, como el único recurso de su felicidad, como el fundamento solo de su esperanza, como el misterio de su redencion, y como el medio seguro é infalible de su salva-

cion. Así lo entendió san Pablo cuando dijo: *Nos autem predicamus Christum crucifixum* (1). A esto se reduce toda la funcion del ministerio evangélico, y para esto suscitó Dios aquellos doce príncipes de la Iglesia, aquellos primeros fundadores de la cristiandad, y aquellos hombres enviados al mundo para anunciar en él á Jesucristo, cuyos embajadores eran, y para que publicasen en él su ley, la que por su oficio debian interpretar con fidelidad: *Legatione pro Christo fungimur* (2). Y qué hicieron? Predicaron la cruz, y habiendo sido esta hasta entónces motivo de maldicion y oprobio, escándalo para los judíos, y una locura para los gentiles, la continuacion de engrandecer y ensalzar su virtud la hicieron venerable en toda la tierra. Ved aquí á lo que se dirigió su vocacion, y por esto merecieron el nombre de apóstoles. Es pues evidente, cristianos, que san Andres se distinguió y señaló entre todos los demas en este glorioso empleo, y tuvo un derecho particular para señalarse con él como divisa de su apostolado, si se me permite esta expresion: *Nos autem predicamus Christum crucifixum*. No es ménos cierto que jamas ejecutó con mas perfeccion lo que enseñan estas palabras, que cuando él mismo se vió atado á la cruz. Por qué? Porque sobre esta predicó á Jesucristo crucificado, ó mas bien su ley, si así lo queréis, con mas autoridad y mas gracia, con mas eficacia y mas energia, con mas fruto y éxito mas feliz. Tres ventajas, que le proporcionó su cruz, en las que, segun mi dictámen, consiste la perfeccion de un apóstol y predicador del Evangelio. Volvamos á nuestro asunto.

Nunca, amados oyentes míos, nunca predicó san Andres del misterio de la cruz, ó la ley de Jesucristo con tanta autoridad y tanta gracia, como cuando él mismo fué crucificado; y mi pensamiento en este punto casi no necesita de ilustracion; pues para que le percibáis con toda claridad, basta deciros que no corresponde á toda clase de personas predicar la cruz. Es verdad eterna, que es necesario tenga cada uno su cruz y que para llevarla como cristiano, es preciso abrazarla voluntariamente hasta amarla y gloriarse en ella: *Absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri* (3). Pero esta verdad, aunque eterna, no tiene la misma gracia en boca de todos. Los hombres para lograr su salvacion se interesan en comprenderla bien; pero al mismo

(1) *I. Cor. c. 1. v. 23.* (2) *II. Cor. c. 5. v. 20.* (3) *Galat. c. 6. v. 14.*

tiempo tienen una secreta oposicion á ser instruidos en ella por los que no la practican ni experimentan; y si alguna vez se entromete algun mundano á instruirlos en este punto, cuando debieran ser dóciles á sus lecciones, se rebelan y no pueden tolerar que un hombre, que de nada carece, y que goza tranquilamente de las dulzuras y comodidades de la vida, se atreva á predicarles la penitencia y mortificacion. Por esto, como observa san Juan Crisóstomo, aun siendo Jesucristo Dios como era, adaptándose en esta parte á la disposicion de los hombres, vino al mundo á anunciar el Evangelio de la cruz, pero fué haciéndose él mismo un hombre de dolores, esto es, un hombre sacrificado á la cruz y á los tormentos: *Vir dolorum* (1). Convento en que independientemente de esta cualidad tenia toda la autoridad de un Dios; pero si solo hubiera sido Hijo de Dios, ó si como Hijo del hombre hubiera estado siempre en la bienaventuranza y en la gloria, sin participar de nuestras penas, le hubiera faltado, respecto de nosotros, una cierta autoridad de experiencia y de ejemplo, en que está fundado el derecho de predicar á los demas la cruz; esto fué el motivo que le determinó á padecer. Esto fué lo que intentó declararnos el grande apóstol, cuando dijo que la sabiduría de este divino legislador se manifestó, en que siendo hijo de Dios aprendió por sí mismo, y por lo que padeció como hombre, la obediencia que exigia de ellos y queria diesen por obligacion á su ley. Ley perfecta es, pero severa, cuyas máximas todas se dirigen á hacernos comprender la santidad, utilidad y necesidad de la cruz: *Quidem cum esset Filius Dei didicit ex iis, quæ passus est, obedientiam* (2).

Con efecto, cuando nada cuesta es fácil exhortar á los demas á la práctica de una vida austera, á la disminucion y entera separacion de los deleites, y á crucificar la carne; un hombre bien alimentado (decia san Gerónimo) discurre sin dificultad ni trabajo acerca de la abstinencia y ayuno; un hombre provisto con abundancia de todo, que de nada carece, y disfruta una vida deliciosa y cómoda, fácilmente se erige en predicador de la mas exacta reforma; pero por mas elocuente y celoso que sea, siempre se cree tener derecho para apelar á su ejemplo, y responderle, que aquel celo de reforma no le conviene, que aquel len-

(1) *Isai. c. 53. v. 3.* (2) *Hebr. c. 5. v. 8.*

guaje le cae mal. y que si quiere llevar las cosas con tanto rigor, debe buscar oyentes, á quienes sea desconocido. No es esto decir que esta reconvenccion sea legítima en un todo, pues Jesucristo mandaba se obedeciese á los fariseos, pues estaban sentados en la cátedra de Moises, y se respetase su doctrina, aunque su obrar fuese á ella contrario en un todo; pero siendo cierto que esta oposicion entre la doctrina y las costumbres es á lo ménos un pretexto especioso y aparente, de que se vale nuestra malicia contra las verdades que se nos predicán; y siendo natural el rebelarnos contra cualquiera que intente sujetarnos á cumplir con exactitud nuestras obligaciones, por este motivo no tendrá aquel la suficiente autoridad para persuadirnos. Aquí fué donde san Andres tuvo toda la ventaja que puede tener un apóstol. Porque predicó la cruz en un estado, en que los censores mas críticos y los mas declarados enemigos de ella, nada tenían que reconvenirle. No la predicó como aquellos doctores hipócritas, de quienes habla san Mateo, que poniendo sobre la espalda de los demas cargas muy pesadas, no querian ellos mismos ni aún aplicar el dedo para moverlas. No la predicó como aquellos de quienes decia san Pablo á Timoteo, que en los últimos dias vendrán unos hombres, que tendrán en la apariencia la piedad mas brillante, pero que estarán llenos del amor de sí mismos, envanecidos con el orgullo y pervertidos en la fe. Quiero decir, no la predicó como lo han hecho en casi todos los siglos algunos aparentes reformadores de la Iglesia, que conocidos ya por hombres sensuales, no fueron ménos osados en decir invectivas contra la delicadeza y deleite; llorando la relajacion de penitencia, al tiempo mismo que despreciaban las obras penosas y laboriosas; y cuando acaso estarian mas cuidadosos y solícitos de sus personas y cuerpos, que un mundano de profesion. No, cristianos, no predicó san Andres de este modo la cruz; ántes bien para predicarla, él mismo se puso en ella. La cruz fué la cátedra desde donde se hizo escuchar: desde ella, como leemos en las actas de su vida, exhortaba al pueblo á que abrazase este medio saludable y necesario, de que depende toda la felicidad de los escogidos de Dios, y esto no solo le autorizó, sino que dió fuerza y virtud á su palabra, para anunciar el misterio de la cruz con mas eficacia y convencimiento.

La segunda ventaja de su apostolado, dice san Juan Crisóstomo

mo, es haber manifestado hasta qué punto estaba persuadido él mismo de la verdad que predicaba, y tambien haber tenido por ello el don de persuadirlo con tanta eficacia á los demas, que aún siendo infieles, como eran, no pudieron resistir á la sabiduría y espíritu de Dios que hablaba en él. Es necesario, añade san Bernardo (permitidme que aplique su pensamiento á mi asunto) es necesario que el predicador del Evangelio fortifique su voz para convertir los corazones; y como esta es flaca y débil, es preciso que esté acompañada de otra voz poderosa y llena de fuerza: *Dabit voci suæ vocem virtutis* (1). Pero ¿cuál es esta voz poderosa y llena de fuerza? La voz de la accion, esta voz es mucho mas elocuente, mas penetrante, y conmueve mas que todos los discursos. Muéstrame con tu ejemplo y con tus obras, que tú mismo estás persuadido, y entónces me persuadirá y convertirá tu voz. Por este medio pues triunfó san Andres de la infidelidad de los paganos, y de la dureza de los judíos. Quiso que su voz fuese para ellos aquella voz poderosa, que segun el Profeta abate los cedros, quebranta y desmenuza las rocas; quiso que su voz tuviera la virtud de ablandar los corazones mas endurecidos, y de sujetar los espíritus mas soberbios (2). Qué hizo para esto? Empezó á convencerlos, de que él mismo estaba perfecta y sólidamente convencido de lo que les predicaba: que estaba, digo, convencido de la necesidad de abrazar la cruz de Jesucristo, de unirse á ella con un espíritu de fe, y de aplicarse sus frutos por el largo uso y experiencia de los trabajos de la vida.

¿Qué prueba mas auténtica pudo darles en este punto de lo persuadido que estaba, que la prontitud y fervor que manifiesta por padecer? Se le anuncia su sentencia, y de repente se apodera de él la alegría y el gozo en tanto grado, que llega hasta ponerle en éxtasis y dejarle fuera de sí. El pueblo quiere oponerse á la ejecucion de esta sentencia, y san Andres no lo lleva á bien. Se le conduce al suplicio, y mirando desde muy léjos la cruz que le está preparada, la saluda con expresiones llenas de amor y de ternura. Se conmueve el pueblo para libertarle, y les dice: Qué, hermanos míos, ¿tenéis zelos de mi felicidad? ¿Conviene que interesándoos por mí, conspiréis contra mí? ¿Por una falsa compasion me haréis perder el mérito de

(1) *Psalm. 67. v. 34.* (2) *Psalm. 28. v. 5 et 8.*

una muerte tan preciosa? Intimidado con esto el juez, se ofrece á libertarle, y san Andres le aquieta y da seguridades: manda el juez le desaten de la cruz, y protesta el santo que es en vano, porque está ligado á ella con unos lazos invisibles, que aún el mismo infierno no puede romper, pues son los lazos de su fe y caridad. Si él no estuviera persuadido de lo que predicaba, ¿pensaria, hablaria, obraria y padeceria de este modo? Y para manifestar que sus afectos eran sinceros, ¿permaneceria dos dias enteros en el tormento mas cruel, publicando siempre que Jesucristo solo es el Dios que debe ser adorado, y que toda la santidad y predestinacion de los hombres está contenida en la cruz? y ¿qué consecuencia debian sacar á favor de Jesucristo y su Religion, los que estaban presentes al martirio de san Andres? Considerando á este hombre venerable por la integridad de su vida, ilustre por los milagros que hizo entre ellos y que se granjeó por su conducta llena de sabiduría el respeto de los enemigos mismos de su Dios; viéndole no despreciar la muerte por una vana filosofía, sino desealarla por un puro celo de conformarse á su Salvador crucificado; amar por solo el motivo de su Religion las dos cosas, que el mundo mas detesta y aborrece, cuales son la ignominia y el dolor; y á pesar de las rebeliones de la naturaleza, hacer de la cruz el objeto de su ambicion y sus mas apetecidas delicias: aún siendo paganos y judíos, como eran cuantos estaban presentes, ¿qué podian inferir de esto, sino que habia en el apóstol alguna cosa sobrenatural; y que no pudiendo la carne y sangre producir en él afectos tan superiores al hombre, era forzoso le proviniesen de un principio mas alto? Á no querer cegarse á sí mismos, y obstinarse en su ceguedad, ¿podian dejar de conocer, que solo Dios puede inspirar á un hombre mortal un amor tan heróico á la cruz? Y á no tener corazones de piedra, aunque paganos é infieles, ¿podian no conmoverse, no agitarse y no mudar de dictámen á vista de un espectáculo tan asombroso y nuevo?

De aquí resultó tambien, amados oyentes míos, el prodigioso éxito de la predicacion de san Andres, y la bendicion que concedió Dios á su apostolado. Si creemos las actas de su martirio, de todo el pueblo que le escuchaba atento predicar desde la cruz, apenas quedó un pagano, que iluminado con las luces de la gracia, y cediendo á la fuerza de semejante ejemplo, no renunciase á la idolatría, y confesase á Jesucristo. Y si Jesucristo cruci-

ficado pudo decir lo que Dios decia á Israel por la boca de un profeta: Extendí mis brazos á un pueblo rebelde é incrédulo (1), san Andres por el contrario tuvo el consuelo de extender los suyos á un pueblo dócil, que recibió su palabra con respeto, y se sujetó á ella con alegría, para verificarse, al parecer desde entónces, lo que dijo el Hijo de Dios, que el que creyera en él, haria, no solo las mismas obras, sino tambien otras mayores que él (2): Millares de infieles que el espectáculo del suplicio de este apóstol juntó al rededor de su cruz, convertidos porque le vieron y escucharon, se vuelven glorificando á Dios. El ruido, ó digámoslo mejor, el fruto de esta predicacion se comunicó á todas las provincias vecinas desde la ciudad de Patras, en la que Dios por el ministerio de san Andres obró tan milagrosos efectos. Vióse con admiracion abandonados los templos de los idolos, abolido el culto de los demonios, destruído el reino de la supersticion, y venerado por todas partes el nombre de Jesucristo; y aún el hermano del procónsul, acérrimo defensor hasta entónces de las falsas divinidades, se rindió á esta verdad. Entre las iglesias que empezaban entónces á florecer, la de Acaya en que padeció san Andres, vino á ser en breve tiempo la mas considerable y fervorosa. ¿Y cuál fué la causa de todo esto? La fe de un Dios crucificado, predicada por un apóstol crucificado; quiero decir, el celo de un apóstol, que á ejemplo de su maestro predica la cruz desde lo alto de ella, y que (segun la excelente expresion de san Gerónimo) confirma con su amor á la cruz todo cuanto enseña de la obligacion rigurosa, pero indispensable, que tenemos de abrazarla. Con efecto, dádme un predicador del Evangelio perfectamente muerto á sí mismo, que ame con sinceridad la cruz, y que diga de buena fe con san Pablo: *Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo* (3). El mundo está crucificado para mí, y yo para él; y todo lo vencerá. De este modo triunfará del error, confundirá la impiedad, exterminará el vicio y convertirá ciudades enteras. De este modo los pecadores mas endurecidos le escucharán y creerán: los libertinos é impíos se sujetarán á él; y los sensuales y entregados á los deleites, llevarán gustosos el yugo de la penitencia; porque de este modo obra (dice san Gerónimo) la virtud de la cruz predicada por un hombre que padece y muere en la cruz.

(1) *Isai. c. 65. v. 2.* (2) *Joan. c. 14. v. 12.* (3) *Gal. c. 6. v. 14.*

Este es, cristianos, el predicador que suscitó Dios para vuestra instruccion, el que puede decir fielmente, que no ha usado ni se ha valido para predicaros, de los discursos persuasivos de la humana sabiduría, sino de los efectos sensibles del espíritu y virtud de Dios. Á san Andres en la cruz es á quien Dios quiere que escuchéis. No paréis la consideracion en mí, en mis palabras, ni en mi celo; olvidad la santidad de mi ministerio. Pues yo solo soy un instrumento que resuena, y no me corresponde predicaros un Dios crucificado: esto es propio de este apóstol, y de este hombre crucificado, cuya predicacion mas viva y eficaz que la mia, aun se deja escuchar en todas las iglesias del mundo cristiano. Este es, digo yo, aquel ministro irreprochable, y aquel predicador contra quien nada tenéis que replicar. Pero ¿cuánto tiene él que reprenderos? Ahora os predica el mismo Dios que predicó á los judíos y paganos; un Dios que os salvó por medio de la cruz. Le creéis vosotros? ¿Vuestra conducta lo manifiesta? El amor propio que os domina, la solicitud y cuidados de vosotros mismos, el apego servil á vuestro cuerpo, la atencion y cuidado en conservarle, lisonjearle, y nada negarle; las comodidades apetecidas y afectadas, el horror á los trabajos y verdadera penitencia: en una palabra, esa vida de los sentidos tan opuesta al espíritu cristiano, esa vida suave y llena de deleites á que os halláis acostumbrados; todo esto, digo, ¿manifiesta que estáis bien convencidos de lo que predicaba san Andres?

Ah! hermanos míos, si el santo nos hubiera predicado otro Jesucristo y otro Salvador, si en el consejo de la eterna sabiduría hubiera querido Dios salvarnos por medio de la alegría y del gozo, como quiso salvarnos por los trabajos y las penas, y san Andres nos hubiera anunciado este evangelio; este nuevo evangelio ¿no se conformaria perfectamente con nuestro modo de obrar? Figurémonos que viene hoy este apóstol á declararnos que debemos adquirir nuestra salvacion, no por la cruz, sino por los placeres; figurémonos, que esto que os digo no es una suposicion, sino una verdad, ¿hubiera en vosotros algo que corregir ó reformar? Responde á esto, mundano, responde á ello, que contigo hablo. Pregunta á tu corazon, y reconoce hasta dónde te ha arrastrado el espíritu del mundo corrompido; este sistema de la cristiandad ¿no seria muy de tu agrado, no se conformaria enteramente con tu gusto y con tus ideas? Es pues